

Ikonin abrió de nuevo la boca y otra vez se paró.

—Reparad que no estáis solo. Queréis contestar, sí ó no?— dijo el profesor más joven.

Pero Ikonin ni le miró siquiera, se había quedado contemplando la papeleta que tenía en la mano y sin decir una palabra. El profesor de las antiparras se le quedó mirando á través de ellas, por encima de las antiparras y sin las antiparras, pues para todas estas maniobras le dió tiempo Ikonin con su mutismo y aún para volvérselas á poner sobre la nariz. Ikonin seguía sin decir una palabra; de pronto una sonrisa iluminó su semblante, de nuevo sacudió con fuerza la cabeza, avanzó hacia la mesa, depositó en ella la papeleta, miró de frente á todos los profesores, después me miró á mí, y con paso firme, agitando la mano, se volvió tranquilamente á su banco. Los profesores se miraron el uno al otro.

—Es decidido el palomino!—dijo el profesor joven.—Es un alumno libre!

Me acerqué á la mesa, pero los profesores continuaban á media voz hablando entre sí, como si ninguno de ellos se diese cuenta siquiera de que yo estaba allí. Yo estaba firmemente convencido de que los tres profesores habían de sentirse en aquel punto hondamente preocupados por saber si lograría yo hacer mis exámenes y si los haría ó no con brillantez, fingiendo indiferencia solamente por la pura forma.

Cuando el profesor de las antiparras se me dirigió con la más absoluta indiferencia, invitándome á contestar á la pregunta, le miré decididamente y me dió á mí mismo vergüenza por su propia hipocresía. Al principio hablé con alguna confusión, pero enseguida se me hizo la cosa más fácil, y cómo se trataba de una pregunta de historia rusa, que yo sabía muy bien, terminé con verdadera brillantez, de tal modo que, para demostrar á los profesores que yo no era Ikonin y que no se me podía confundir con él, propuse sacar otra papeleta. Pero el profesor, moviendo la cabeza, dijo: «Está bien» é hizo una señal en el registro de exámenes. Al volver á mi sitio, me dijeron los muchachos que me rodeaban que me habían puesto *cinco*, aunque yo no sé cómo diablos pudieron ellos enterarse de este detalle.

XI

El examen de matemáticas

Los siguientes días, aparte Grapp, á quien yo no consideraba digno de mí, é Ivine que, ignoro el motivo, me demostraba cierta frialdad, trabé conocimiento con muchos otros alumnos.

Algunos me saludaban ya afectuosamente, el propio Ikonin se mostró muy contento al verme y me contó que de nuevo sufriría el examen de Historia, pues el profesor se hallaba en contra suya á causa del examen del año anterior, en el cual le había también *desconcertado*. Semenov, que entraba como yo en la facultad de Ciencias, se mantuvo siempre separado de todos, hasta el fin de los exámenes. Estaba constantemente silencioso, siempre solo, apoyada la cabeza entre las manos y los dedos hundidos entre sus cabellos grises. Hizo unos exámenes brillantes y fué admitido con el número dos. El número *uno* era un alumno del Instituto. Era un moreno, alto y delgado, muy pálido y llevaba con un vendaje negro cubiertas las mejillas y muchos y grandes granos en la frente. Sus manos eran en extremo huesosas, con unos dedos extraordinariamente largos y unas uñas roídas de un modo lastimoso... Todo esto me parecía muy puesto en su punto y tal cómo debía ser tratándose del *primer colegial*. Con todos hablaba de la misma manera, y aún habló un rato conmigo, pareciéndome que en su modo de andar, en el movimiento de sus labios y en sus ojos negrísimos había algo extraordinario, algo magnético.

El día del examen de matemáticas fui á la Universidad más temprano que otras veces. Estaba muy bien preparado, pero dos puntos de Algebra que había hecho de manera de no estudiarlos con mi profesor, me eran totalmente desconocidos. Tratábase, lo recuerdo como si fuese hoy mismo, de la teoría de las combinaciones y del binomio de Newton. Me senté en uno de los últimos bancos y me puse á estudiar estos puntos para mí enteramente nuevos; pero no acostumbrado á trabajar en una sala llena de ruidos y de las más variadas conversaciones y además apremiándome el tiempo, no pude comprender nada absolutamente de lo que leía.

—Aquí le tenemos, ven, Nekhludov,—dijo cerca de mí la voz bien conocida de Volodia.

Me volví y no lejos ví á mi hermano y á Dmitri, quien desabrochada la levita y agitando las manos venía hacia mí atravesando ó saltando los bancos. Se veía enseguida que eran ya estudiantes del segundo año, pues se sentían en la Universidad como en su casa. El solo hecho de llevar desabrochado el traje indicaba ya su menosprecio hacia los primerizos é imponía á éstos cierto respeto y aún les despertaba envidia. Me sentí profundamente halagado al pensar que todos aquellos que nos rodeaban verían que yo tenía amistad con dos estudiantes del segundo año y me apresuré á ir á su encuentro. Volodia no supo siquiera contenerse para expresar de algún modo su superioridad.

—Y tú, pobrecillo, no te has examinado aun?—hizo mi hermano con voz de conmiseración.

—Todavía no.

—Qué estás leyendo aquí? No estás bien preparado?

—Del todo no. Hay dos cuestiones que no marchan de ningún modo. No comprendo nada de esto.

—De qué?—hizo Volodia, y después de mirado el punto del libro que le indiqué, se puso á explicarme el binomio de Newton, pero tan aprisa y tan oscuramente que, leyendo quizás en mis ojos la duda acerca de su saber, miró á Dmitri y viendo en su mirada la misma expresión que en la mía, se ruborizó, pero continuó explicándome la cosa de tal modo que de nada le entendí.

—No, espera, Volodia, déjame; voy á ver si seré yo más afortunado,—dijo Dmitri, y echando una mirada hacia la mesa de los profesores, se sentó á mi lado.

Enseguida comprendí que mi amigo se hallaba en aquel dulcísimo estado de espíritu que ofrecía siempre que estaba contento de sí mismo, y que era cuando más me gustaba hablar con él. Como

era fuerte en matemáticas y hablaba con mucha claridad, me explicó tan bien el punto dudoso que todavía hoy lo recuerdo con la más absoluta precisión. Pero había acabado apenas, cuando Saint-Jerôme, con voz fuerte, dijo:

—Os llaman ahora á vos, Nicolás!

Y salí del banco detrás de Ikonin, sin haber podido repasar la otra lección que no sabía. Me acerqué á la mesa tras la cual estaban sentados dos profesores.

De pie ante el negro encerado había un estudiante escribiendo una fórmula algebraica, pero estaba tan seguro de la operación que el yeso crugía entre sus dedos, y seguía escribiendo aunque el profesor le había dicho «basta!» ya varias veces. Al ir á tomar la papeleta pensé: «Y si me toca ahora la teoría de las combinaciones?» y temblando puse la mano en el montón de los papeles ya preparados. Ikonin, con el mismo ademán decidido de los anteriores exámenes tomó su papeleta sin pararse un punto y sin escoger, la de encima, la miró inmediatamente y frunciendo de un modo horrible las cejas murmuró:

—Siempre esta endiablada!

Yo miré mi papeleta... Horror! Se me pedía en ella que explicase la teoría de las combinaciones, á mí que no sabía una palabra de ello!...

—Qué pregunta tenéis?—me dijo Ikonin. Yo se la enseñé.

—Yo sé esto perfectamente. Queréis cambiar?

—No, para qué? De todas maneras siéntome mal preparado.

Apenas había tenido yo tiempo de murmurar estas últimas palabras cuando ya el profesor nos llamaba á la pizarra. «Todo está perdido, pensé, en vez del examen brillante que creía poder hacer, me cubriré para siempre de una ignominia sólo comparable á la de Ikonin». Pero de pronto, bajo la mirada misma del profesor, Ikonin se volvió hacia mí, me arrancó de las manos mi papeleta y me dió la suya; la miré enseguida... era el binomio de Newton.

El profesor era un hombre todavía joven, de aspecto agradable, inteligente, el cual se lo daba en especial lo abultada que tenía la base de la frente.



—Qué es eso?—exclamó.—Habéis cambiado vuestras papeletas?

—No, es que me ha dado á ver la suya, nada más, señor profesor.—Contestó Ikonin. Y nuevamente las palabras *señor profesor* fueron las últimas que pronunció en ese lugar. Y otra vez al pasar por delante de mí para volverse á su sitio, miró al profesor y me miró á mí, levantó los hombros y se sonrió cómo diciendo: «Esto no es nada, amigo!» Después he sabido que Ikonin se presentaba por la tercera vez á los exámenes de ingreso.

Contesté perfectamente á la pregunta cuya explicación acababa de darme mi amigo Nekhludov, y aún el profesor me dijo que era mucho más de lo que podía esperarse. Me señaló cinco puntos.



XII

El examen de latin

TODO marchó perfectamente hasta el examen de latin. El estudiante del rostro vendado era el primero; Semenov era el segundo, y yo era el tercero. Empezaba esto á enorgullecerme, y á pesar de mis pocos años creíame todo un personaje.

Desde el primer día, todos hablaban temblando del profesor de latin, pintándolo como una especie de bestia feroz que hallaba placer en perder á los jóvenes estudiantes, sobre todo á los libres y que, según decían, hablaba siempre en latin ó en griego. Saint-Jerôme, que era quien me había enseñado el latin, me alentaba, y á mí me parecía en efecto que, traduciendo sin ayuda de diccionario á Cicerón ó algunas odas de Horacio y sabiéndome perfectamente la Gramática, no podía creerme peor preparado que los demás. Pero sucedió muy diferentemente. Durante toda la mañana no se habló de otra cosa sino del fracaso de cuantos se iban examinando antes que yo. A uno le ponía *zero*, á otro un solo punto, y al tercero que se examinó quiso arrojarle de la sala... Y así de los demás. Solamente Semenov y el «primer colegial» volvieron á sus sitios tranquilos como siempre, habiendo uno y otro obtenido cinco puntos. Presentí ya que iba á sucederme algo malo cuando fui llamado, junto con Ikonin ante la pequeña mesa tras la cual estaba sentado, sólo, el terrible profesor. El terrible profesor era un

hombre pequeño, enjuto, pálido, de largos y lucientes cabellos, y de aspecto muy pensativo.

Dió á Ikonin los discursos de Cicerón y le ordenó traducir.

Con gran sorpresa mía, Ikonin no tan sólo leyó correctamente sino que hasta tradujo algunas líneas, bien es verdad que con ayuda del profesor que le iba apuntando la traducción. Teniendo conciencia de mi superioridad enfrente de un competidor tan débil, no pude estarme de sonreír, y aún con cierto menosprecio, cuando á las preguntas de análisis, Ikonin, como las anteriores veces, se quedó encerrado en un silencio que tenía todo el aspecto de cosa eterna. Con mi espiritual sonrisa, manifestación clara de mi superioridad, quise hacerme agradable al profesor, pero sucedió todo lo contrario.

—Lo sabéis vos mejor, sin duda?—díjome en mal ruso el profesor.—Veámoslo, pues; hablad!

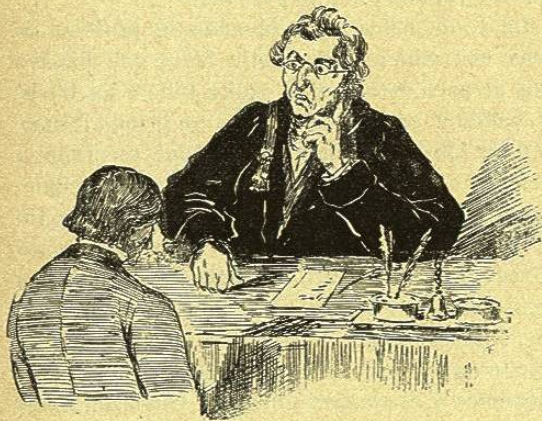
Supe más tarde que el profesor de latín protegía á Ikonin, pues era discípulo suyo. Yo contesté inmediatamente á la pregunta de sintaxis puesta á Ikonin; pero el profesor hizo un gesto de disgusto y apartó de mí la mirada.

—Bien, ya llegará vuestro turno; ya veremos lo que sabéis,—dijo sin mirarme siquiera y se puso á explicar á Ikonin lo que le había preguntado.

—Podéis marcharos,—añadió, y vi que en el registro, delante del nombre de Ikonin, marcaba un cuatro.—«Vaya! pensé, no es hombre tan terrible como dicen».

Después que se fué Ikonin, durante lo menos cinco minutos, que me parecieron cinco horas, estuvo el profesor preparando libros y cuadernos, se instaló cómodamente en el sillón, paseó la mirada despacio por toda la sala,

evitando mirarme á mí, y aun, como si todo esto no fuese bastante para demostrar su indiferencia hacia mí, abrió un libro é hizo como si leyese... Entonces me acerqué á la mesa y tosí.



—Ah! es verdad. Estáis aquí todavía? Muy bien. Traducidme algo,—dijo alargándome un libro.—Pero, no... traducidme esto.—Hojé el libro de Horacio y me lo presentó abierto indicándome un pasaje que, según mi parecer de entonces, nadie seguramente pudo traducir jamás.

—No es esto lo que había yo preparado,—me atreví á decir.

—Ah! queríais traducir lo que tenéis ya aprendido de memoria? Muy bien; pero será mejor que traduzcáis esto.

Apenas comenzaba yo á buscar el sentido de las palabras, cuando el profesor empezó ya á mover de un lado á otro la cabeza como en señal de descontento y lanzando un hondo suspiro murmuró: «No, no; no es esto». Finalmente cerró el libro, pero con tanta violencia que se cogió el dedo entre sus páginas, me dió una papeleta de gramática, y arrellenándose en el sillón, se quedó callado con un aspecto el más terrible. Iba á contestar, pero la expresión de su rostro me clavó los labios y me pareció que serían disparates todo lo que pudiese decir.

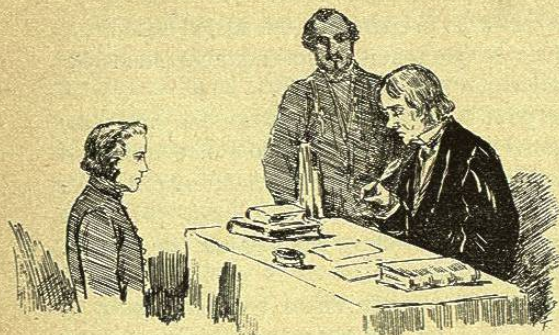
—No es eso, no es eso, no es nada de eso,—dijo de súbito con su malísima pronunciación; cambió de postura, y apoyado de codos en la mesa empezó á jugar con el anillo de oro que se deslizaba fácilmente por su dedo en exceso delgado.—No es posible, señores, prepararse de este modo para el ingreso á las escuelas superiores; pensáis que no hay más sino ponerse el uniforme de cuello azul; no estudiáis nada á fondo, y creéis que se puede ser así estudiante? No, señores, es preciso estudiar á fondo las ciencias...—y así en este tono continuó largo rato todavía.

Mientras pronunciaba este discurso en mal ruso, yo le miraba atentamente en los ojos que tenía bajos y medio cerrados. Primero sentí el desencanto de no ser ya el tercero, luego el temor de no ser admitido en la Universidad, y finalmente á todo esto se añadía la conciencia de la injusticia, el sentimiento de mi amor propio herido, la humillación no merecida, y por encima de esto el menosprecio hacia el profesor, quien, según mi pensar de entonces, no pertenecía á la categoría de los hombres decentes, pues en aquel punto mismo descubrí que tenía las uñas cortas, recias y muy redondeadas. Al echar sobre mí una mirada y al ver trémulos mis labios y llenos de lágrimas mis ojos, interpretó sin duda mi emoción cómo si yo pidiese gracia, pues, con voz en que se descubría la lástima me dijo, delante de otro profesor que se acercaba á la mesa en aquel momento:

—Bueno, os concederé la nota media, dos puntos, aunque no la merezcáis mucho; pero lo hago en consideración á vuestros pocos

años y esperando que en la Universidad no seréis tan ligero.

Esta última frase, dicha delante del otro profesor que me miraba de un modo cómo diciéndome: «Bien, ya lo veis, joven!» me turbó



definitivamente.

Mis ojos cubriéronse como de una espesa niebla, el terrible profesor y la mesa ante la cual estaba él sentado se alejaban hasta perderse en lontananza, y una idea horrible, con una claridad extraordinaria, me vino á la cabeza:

«Y de todo esto, qué va á salir?» Pero no hice nada de lo que había pensado, muy al contrario, inconscientemente saludé con gran respeto á los dos profesores, y luego, hasta sonriendo un poco, con aquella misma sonrisa de Ikonin, me alejé de la mesa.

Esta injusticia produjo en mí una impresión tan grande que á haber sido dueño de mis acciones, con seguridad que no me hubiese presentado á más exámenes. Perdí de pronto toda ambición, puesto que ya no podía pensar en ser el tercero, y pasé los demás exámenes sin preocupación ninguna y sin emocionarme lo más mínimo. No obstante, obtuve una mediana algo superior á cuatro, pero ya no me interesaba nada todo esto. Me convencí seriamente de que era lo más necio del mundo pretender pasar por el primero, y que lo mejor era hacer como Volodia, ni muy mal ni muy bien, y tomé la resolución de portarme de este modo, para lo sucesivo, en la Universidad, aunque por la primera vez me hallase en desacuerdo con mi gran amigo.

No pensaba ya sino en mi uniforme, en mi coche, y sobre todo en mi libertad.

XIII

Ya soy grande

No obstante, todas estas cosas tenían también su encanto.

El día 8 de mayo, al volver de mi último examen, el de instrucción religiosa, me encontré en casa á un dependiente del sastre Rosanov, quien venía á traerme un traje de uniforme ya listo, después de haber hecho en él las correcciones que había indicado en anteriores pruebas con líneas de yeso.

Me puse el traje y juzgándolo magnífico, aunque Saint-Jerôme aseguraba que me hacía en la espalda algunas arrugas, descendí al gran salón con una sonrisa en los labios que iluminaba todo mi rostro, y fuí al cuarto de Volodia, fingiendo no reparar en los curiosos de la gente de la casa, que me veían pasar desde la antecámara ó desde el corredor. El mayordomo Gavriilo me paró en la sala, me felicitó por mi admisión en la Universidad y de orden de papá me entregó cuatro billetes de los blancos, informándome igualmente de parte de mi padre que *tal* cochero, *tal* coche y *tal* caballo estarían por completo á mi disposición. Me halagó de tal modo todo esto y se me ofrecieron tan inopinadamente todas estas felicidades juntas que no pude simular indiferencia delante de Gavriilo, y algo confuso y ahogándome la alegría pronuncié la primera frase que me vino á los labios, y fué esta: «Paréceme que *tal* caballo es un magnífico trotador». Viendo las curiosas cabezas que aparecían por todas las puertas y pasadizos no pude contener-